

Capítulo uno

HAZEL

Siete años después

Para cualquiera que me haya conocido en la universidad sería terrible descubrir que me he convertido en maestra de primaria, responsable de educar a niños con demasiada inocencia y mentes como esponjas. Pero, la verdad, creo que soy muy buena en lo que hago. Para empezar, no tengo miedo de ponerme en vergüenza. En segundo lugar, creo que hay algo en la mente de alguien de ocho años que resuena conmigo a nivel espiritual.

El tercer año de primaria es mi punto óptimo: los niños de ocho años son un *subidón*.

Después de dos años haciendo mis prácticas en quinto año, me sentía siempre pegajosa y agobiada. Tras un año con niños de tres y cuatro, supe que no tenía la tolerancia necesaria para vivir enseñándoles a ir al baño. Pero tercer año fue el equilibrio perfecto entre chistes de flatulencias,

abrazos de niños que piensan que soy la persona más lista del mundo y tener autoridad suficiente para conseguir la atención de todos con una simple palmada.

Por desgracia, hoy es el último día de clases. Mientras descuelgo los múltiples pósteres inspiradores, calendarios, tablas de calcomanías y obras de arte de las paredes, me percató de que también es el último día que veré a *esta* clase de tercero en particular, y se me forma un pequeño nudo de pena en la garganta.

–Tienes la postura de Hazel Triste.

Volteo sorprendida de encontrar a Emily Goldrich detrás de mí; no solo es mi mejor amiga, sino que también es maestra (aunque no aquí en Merion), y luce arreglada y recién bañada, porque sus vacaciones de verano comenzaron una semana antes que las mías. Además, sostiene lo que espero que sea una bolsa llena de comida thai; tengo tanta hambre que podría comerme el broche en forma de manzana que tiene en el cabello. En contraste, yo me veo como un trapeador sucio, con la cabeza cubierta por los restos de los brillos que Lucy Nguyen decidió que serían una buena sorpresa para el último día.

–Estoy un poco triste –señalo a las tres paredes ya vacías del salón de clases–. Aunque también es catártico, en cierto modo.

Emily y yo nos conocimos hace unos nueve meses en un foro de política en línea, en el que era evidente que ninguna de las dos tenía hijos por la cantidad de tiempo que dedicábamos a quejarnos allí. Hasta que nos conocimos para

quejarnos en persona con café de por medio y nos hicimos amigas al instante. O, para ser más precisa, yo decidí que ella era increíble y la invité a un café una y otra vez hasta que accedió. En palabras de Emily: cuando quiero a alguien, me convierto en un pulpo que le envuelve el corazón con los tentáculos, cada vez más fuerte, hasta que no puede negar que también me quiere.

Emily trabaja en Riverview con niños de quinto año (es una guerrera), así que cuando me contó que se había abierto un puesto allí en tercer año, corrí a la oficina del distrito con mi solicitud en mano. El problema fue que estaba tan desesperada por conseguir un puesto en una de las mejores escuelas que, al bajar del automóvil y comenzar a correr por las escaleras hacia recursos humanos, me percaté de que: 1) no llevaba sostén y 2) tenía puestas las pantuflas de Homero Simpson.

No importa. Me vestí de forma apropiada para la entrevista dos semanas después. ¿Y adivinen quién consiguió el trabajo?

¡Creo que yo!

(Bueno, no está confirmado, pero Emily está casada con el director, así que estoy bastante segura de que lo conseguí).

—¿Vendrás esta noche?

La pregunta de Em me arranca de la batalla física y mental que libraba contra una grampa demasiado testaruda en la pared.

—¿Esta noche?

—Hoy.

–Dame más pistas –solicito mirándola con paciencia por encima de mi hombro.

–Mi casa.

–¿Pistas más específicas? –He pasado muchas noches en su casa, jugando al dominó con ella y con Dave y comiendo lo que Dave hubiera asado ese día.

Em suspira, se acerca al escritorio y toma un martillo de mi caja de herramientas con estampado de dalmata para que pueda retirar la grampa de la pared.

–La *barbacoa*.

–¡Cierto! –Celebro con el martillo en alto, porque esa maldita grampa ahora es mía y puedo destruirla (o reciclarla con responsabilidad)–. La fiesta de trabajo.

–No es oficialmente de trabajo, pero algunos de los maestros más buena onda estarán ahí. Quizá quieras conocerlos.

La observo con cierta inquietud, ya que todas recordamos el punto número dos de mi lista.

–¿Prometes controlar mi consumo de alcohol? –le pregunto. Por alguna razón, eso la hace reír.

–Te llevarás bien con el equipo de Riverview –afirma, y me genera un cosquilleo de anticipación en las venas.

Creo que Emily no estaba bromeando. Escucho la música desde la calle apenas bajo de Giuseppe, mi confiable Saturno del 2009. Suena una canción del músico español que le gusta a Dave, acompañada por su estruendosa y fantástica

risa y el inconfundible choque de vasos. El olfato me dice que está haciendo carne asada, lo que implica que también ha preparado margaritas, y eso implica que debo esforzarme por mantener mi camiseta en su lugar esta noche.

Deséenme suerte.

Me preparo, respiro profundamente y controlo mi aturdimiento por última vez. No por vanidad, lo juro, sino porque la mayoría de las veces tengo algo desabotonado, un dobladillo atorado en la ropa interior o alguna prenda al revés. Es algo que podría explicar, en parte, por qué los niños de tercero se sienten a gusto conmigo.

La casa de Emily y David es de estilo victoriano tardío, con una hiedra con voluntad propia que invade la pared lateral camino al patio trasero. Flores dispuestas en zigzag enmarcan el camino hasta la cerca, así que lo sigo rumbo al origen de la música.

Emily lo dio todo para esta barbacoa a la que llamó «¡Bienvenido, verano!»: colgó una guirnalda de lámparas de papel en el sendero e incluso colocó la coma en el lugar correcto en el letrero. Las cenas en mi casa constan de platos desechables, vino en caja y yo corriendo como una loca los tres minutos previos a servir porque quemé la lasaña por insistir en que NO NECESITO AYUDA, SIÉNTENSE Y RELÁJENSE.

Si hay alguien con quien no debería compararme es con Emily. La adoro, pero hace que los demás parezcamos plantas inertes. Le gusta la jardinería, teje, lee al menos un libro por semana y tiene el don envidiable de comer como un oso sin aumentar ni un kilo. También tiene a Dave, que, además

de ser mi nuevo jefe (crucen los dedos), es progresista sin pretensiones y me hace sentir que es mejor feminista que yo. Mide más de dos metros (lo medí con espaguetis crudos una noche), y es atractivo de un modo que te hace dudar de que no sea bombero. Apuesto a que tienen un sexo increíble.

Emily chilla mi nombre en cuanto me ve, con lo que el grupo de mis futuros amigos se gira para ver por qué gritó.

—¡Trae tu trasero aquí!

Pero el aspecto del jardín capta mi atención: el césped tiene el tono verde que solo se ve en la costa del Pacífico y se extiende desde el sendero de piedras como una alfombra de esmeraldas, los canteros están llenos de hostas que comienzan a desplegar las hojas, con un roble gigante en el centro, que luce pequeñas lámparas de papel en las ramas tupidas que protegen a los invitados de los últimos rayos de sol.

Emily me invita a acercarme y, de camino, le sonrío a Dave. Cuando me ofrece la jarra de margarita en cuestión, asiento como diciendo «dah, Dave», y atravieso el pequeño grupo de personas (que quizá sean mis nuevos compañeros), hacia el extremo del patio.

—Hazel, ven aquí —insiste Em—. Hablo en serio, la adorarán cuando la conozcan —les dice a las dos mujeres a su lado.

¿Adivinen qué? Mi primera conversación con las otras maestras de tercer año de Riverside es sobre pechos y, esta vez, no fui yo quien la inició. ¡Lo sé, yo tampoco lo hubiera imaginado! Al parecer, Trin Beckman es la maestra con más antigüedad en tercero; cuando Emily señala sus

pechos, coincido en que tiene una buena delantera. Ella parece pensar que se verían mejor en otra clase de sostén y comenta algo sobre tres lápices que no termino de entender. Por su parte, Allison Patel, mi otra colega, se lamenta de su copa A.

Emily señala su propia copa A y frunce el ceño hacia mi notoria copa C.

–Tú ganas.

–¿Y cuál es mi trofeo? ¿Un pene de bronce gigante? –pregunto. Las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas. Podría jurar que mi boca y mi cerebro son hermanos que se odian y se hacen calzón chino, por eso generan momentos vergonzosos como este. Ahora, parece que mi cerebro ha abandonado la batalla.

Emily está atónita como un pescado. Allison parece contemplar la situación con mucha seriedad. Pero todas nos sorprendemos cuando Trin se echa a reír.

–Tenías razón, será muy divertido.

Suelto el aire al sentir un poco de alivio por su comentario, en especial al ver que está bebiendo agua. No le divirtió mi comentario porque estuviera mareada por las margaritas letales de Dave, sino porque le agradan las personas raras. Mis tentáculos de pulpo se agitan a los lados.

Una sombra se materializa a la derecha de Emily, pero me distrae la margarita que Dave me coloca en la mano.

–Bébelas con calma, dinamita –me advierte antes de desaparecer.

¡Mi nuevo jefe es el mejor!

–¿Qué hacen por aquí? –pregunta una voz masculina desconocida.

–Hablábamos de que los senos de Hazel lucen mejor que los de todas nosotras –responde Emily.

Levanto la vista del trago para comprobar si conozco a la persona que ahora contempla mi pecho y... vaya.

Vaaaaaya.

Un par de ojos oscuros se desvía. Una mandíbula marcada se tensa. Mi estómago da un vuelco.

Es él. *Josh.*

El mismísimo Josh *Im.* La imagen de la perfección.

–Creo que me saltaré la charla sobre senos –dice con una tos seca.

Luce mejor que en la universidad, si es que eso es posible, bronceado, en forma y con facciones cinceladas. Aunque retrocede horrorizado, mi cerebro aprovecha la oportunidad para vengarse de mi boca.

–Está bien, Josh ya me vio los pechos –comento al pasar. La fiesta se detiene. El aire se queda quieto.

–No es que *haya querido* verlos. –Mi mente hace un intento desesperado por arreglar esto–. Fue a la fuerza.

Unas campanas de viento resuenan a la distancia.

Las aves se detienen en pleno vuelo y caen en picada.

–No lo obligué yo –aclaro, y Emily gime con pesar–. Es que su compañero de habitación me tenía...

–Hazel. –Josh me apoya una mano en el brazo–. Ya.

–Esperen. –Emily nos mira confundida–. ¿De dónde se conocen?

–De la universidad –responde él sin apartarme la mirada.
–Días de gloria, ¿no? –pregunto con mi mejor sonrisa.
–¿*Salieron*? –curiosa Trin mirándonos expectante.
–Santo Dios, *jamás* –responde Josh con el rostro pálido.
Mierda, me había olvidado de lo mucho que me gustaba este hombre.

Ese pequeño embustero de Dave Goldrich, director de la escuela, espera hasta mi tercera margarita para decirme que tengo el trabajo como nueva maestra de tercero de Riverview. Estoy segura de que lo hizo para averiguar qué respuesta hilarante saldría de mi boca, así que espero no decepcionarlo.

–¡Ay, mierda! ¿Estás bromeando?

–No –se ríe.

–¿Ya tengo un legajo enorme en recursos humanos?

–Oficialmente, no. –Se inclina desde su altura cercana a la Estación Espacial para darme un beso en la cabeza–. Pero tampoco haré favoritismos contigo. Separo el trabajo de la vida personal, y tú tendrás que hacer lo mismo.

–¿Soy tu favorita? –Tomo lo único importante de lo que escuché y le ofrezco una sonrisa con mis hoyuelos encantadores–. No se lo diré a Emily si tú no lo haces. –Se ríe y finge querer quitarme la copa de la mano, pero lo esquivo y me acerco para preguntarle–: Respecto a Josh, ¿es ma...?

–Mi hermana no me dijo que te unirías al personal de

Riverview. –Josh debe ser medio vampiro, porque juro que puede materializarse en espacios vacíos junto a cuerpos cálidos.

–¿Tu *hermana*? –Me paro derecha y me abanico la cara con la mano para despejar la confusión.

–Mi hermana –repite en tono pausado–. Emily Goldrich para ti, Im Yujin para nuestros padres.

De repente, todo tiene sentido. Nunca supe el nombre de soltera de Em ni se me ocurrió que su amado hermano mayor (*oppa*) del que siempre habla es el mismísimo Josh, a quien le vomité los zapatos hace muchos años. Vaya. Parece que esta es la versión adulta del hermano adolescente con frenos que vi en tantas fotografías en la sala de Em. Bien hecho, pubertad.

–Emily, ¿tu nombre coreano es Yujin? –grito por encima de mi hombro.

–Y él es Jimin –responde.

Miro a Josh como si fuera otra persona. Las dos sílabas de su nombre son como una exhalación sensual, lo que podría decir antes de un orgasmo cuando las palabras me fallen.

–Es el nombre más sexy que escuché en mi vida.

Él palidece, como si temiera otro ofrecimiento de sexo de mi parte, y yo me echo a reír. Sé que debería avergonzarme que la Hazel del pasado fuera tan inapropiada, pero no es que ahora sea mucho mejor, y arrepentirme no es lo mío. Los dos nos sonreímos durante tres respiraciones breves, compartiendo un momento de enorme diversión. Nuestros ojos están desorbitados como los de las caricaturas.

Pero, de repente, su sonrisa se desvanece cuando, al parecer, recuerda que soy una ridícula.

–Prometo no ofrecerte en la fiesta de tu hermana –le aseguro en falsa voz baja.

–Gracias –balbucea incómodo.

–¿Hazel se te *ofreció*? –pregunta Dave.

Josh asiente con la cabeza, pero mantiene la vista fija en mí durante unos segundos más antes de mirar a su cuñado, mi nuevo jefe.

–Lo hizo.

–Lo hice –coincido–. En la universidad. Justo antes de vomitarle los zapatos. Fue uno de mis momentos menos seductores.

–Y tuvo unos cuantos. –Josh baja la vista cuando le vibra el teléfono en el bolsillo. Lee el mensaje sin la más mínima expresión y vuelve a guardarlo.

Debe haber una cuestión de feromonas masculinas, porque Dave interpretó algo que yo no.

–¿Malas noticias? –le pregunta en voz baja y con el ceño fruncido, como si Josh fuera de cristal.

Josh se limita a encogerse de hombros sin cambiar de expresión. Cuando se hincha un músculo en su mentón, tengo que resistirme a presionarlo como si jugara al Simón dice.

–Tabitha no podrá venir este fin de semana.

Percibo cómo se me abre la boca.

–¿De verdad existe alguien llamado «Tabitha»?

Los dos giran hacia mí como si no comprendieran de qué estoy hablando. Pero, vamos.

–Es que... –sigo con vacilación– parece el nombre que le pondrías a alguien que esperas que sea muy *muy*... malvado. Que viva en una guarida y colecciona dálmatas.

Dave se aclara la garganta y bebe un trago largo de su bebida. Josh me mira fijamente.

–Tabby es mi novia.

–¿Tabby?

–Hazel. –Dave ahoga una risotada y me apoya una mano en el hombro–. Cállate.

–¿Irá a mi legajo? –Levanto la vista hacia su rostro familiar, barbudo y tranquilo. Ahora está oscuro, enmarcado por una hilera de luces de exterior.

–No. Pero eres una maniática. Dale un respiro.

–Creo que el hecho de ser una maniática explica, en parte, que sea tu favorita.

Dave estuvo a punto de echarse a reír, pero logra voltear y alejarse antes de que lo note. Y ahora estoy sola con Josh Im, que me observa como si estudiara una bacteria infecciosa a través de un microscopio.

–Siempre pensé que te había conocido en... *una fase*. –Dave eleva la ceja izquierda con elegancia–. Al parecer, *eres* así.

–Creo que tengo mucho por que disculparme, pero no puedo asegurar que no te exasperaré constantemente en el futuro, así que mejor espero hasta que seamos mayores.

–Puedo decir, sin ninguna duda, que nunca conocí a nadie como tú –afirma con una media sonrisa.

–¿Una pésima candidata?

–Algo así.